

La sustancia de los sueños

José Antonio Hernández García



Un descenso a las ignotas simas de los sueños y una reflexión sobre las vivencias oníricas en el ámbito bíblico, entre los monjes cristianos de la Edad Media, sin olvidar un repaso a algunas culturas orientales, lleva al autor de este artículo a descubrir, a través de su propia experiencia, que la sustancia de los sueños tiene, igual que el mundo, cuatro elementos esenciales: deseo, miedo, nostalgia y amor.

Para Shakespeare, los hombres estamos hechos de la misma sustancia de los sueños, compartimos un «mismo entramado». Una pregunta, entonces, se vuelve imperativa, ¿cuál es la etérea, huidiza, sustancia de los sueños?

Aunque al despertar de un sueño muchas de sus imágenes nos parecen inasibles y, con el tiempo, su recuerdo consciente se va debilitando, las sensaciones que nos producen mientras soñamos, y al poco tiempo de despertar, son peculiarmente intensas. Quizá su fuerza sea

muy superior a la que experimentamos en vigilia. El enamoramiento, el deseo erótico, el miedo y la ansiedad, son siempre de tal magnitud en la realidad onírica, que dejan en nosotros una huella profunda e indeleble. Al punto que meses o años después, lo que recordamos es la intensidad más que las propias imágenes, cuyo recuerdo se desvanece o desaparece, hasta que a veces irrumpe intempestivo en un *déjà vu*. Pero las imágenes allí están, y resucitan en el momento de nuestra muerte. Son polvo de sueños.

Los sueños según el símbolo religioso

Lo sagrado, el inconsciente y los sueños participan en una misma zona del ser. No es casual que, en la antigüedad, los sueños no fueran desechados por ser «irreales» o por constituir una simple volición pasajera. No había ruptura entre la vida real y la vida onírica. La solución de continuidad entre el «yo» que comía, bebía, amaba y se interrelacionaba con el mundo no era anatomizada, cuestionada ni banalizada. Cuando el mundo no era profano ni secular, el sueño poseía un estatuto religioso, angélico y, en muchos casos, profético. Hay sueños premonitorios, que todos tenemos. Pero los sueños proféticos poseen una dimensión cósmica, es decir, que involucra el destino de la creación. Más que el bien y el mal, están en juego las leyes por las que lo creado disminuyó su estatuto ontológico. La liberación de la naturaleza corrupta de lo humano y la comprensión cabal de nuestra estadía en el mundo es la que anuncian los profetas bíblicos bajo la metáfora enaltecida del pueblo elegido.

Los profetas judíos tenían visiones oníricas en las que se les revelaba su misión y el destino de su pueblo. Eran mensajes que el mismo Dios les presentaba, ya sea de manera alegórica o bien de manera directa. En estos sueños preñados de encanto y misterio se cifra el «realismo mágico». El simbolismo religioso y la criptología onírica están unidos por el hilo de oro del inconsciente. Los ángeles, los mensajeros por antonomasia de Dios, podían aparecerse también en los sueños de los héroes, los santos y los profetas. San **Clodoveo** afirmaba que los ángeles y los sueños comparten una sustancia análoga, incorpórea, visible sólo para el espíritu.

Una interpretación bíblica sugiere que la mujer primordial, Eva, fue hecha mientras Adán dormía. Las mujeres, en cierto sentido, son

¿Le interesa este artículo?

Si encarga la revista (o se suscribe a ella)
la tendrá mañana mismo en su casa.

Compre aquí el número por sólo **12 €**.

O SUSCRÍBASE aquí: es más económico.

4 números + 1 libro gratis = **39 €**